EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL SEÑOR GALLINA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ANGEL MARIA SEGOVIA

MÚSICA DEL MAESTRO

DON RAFAEL TABOADA



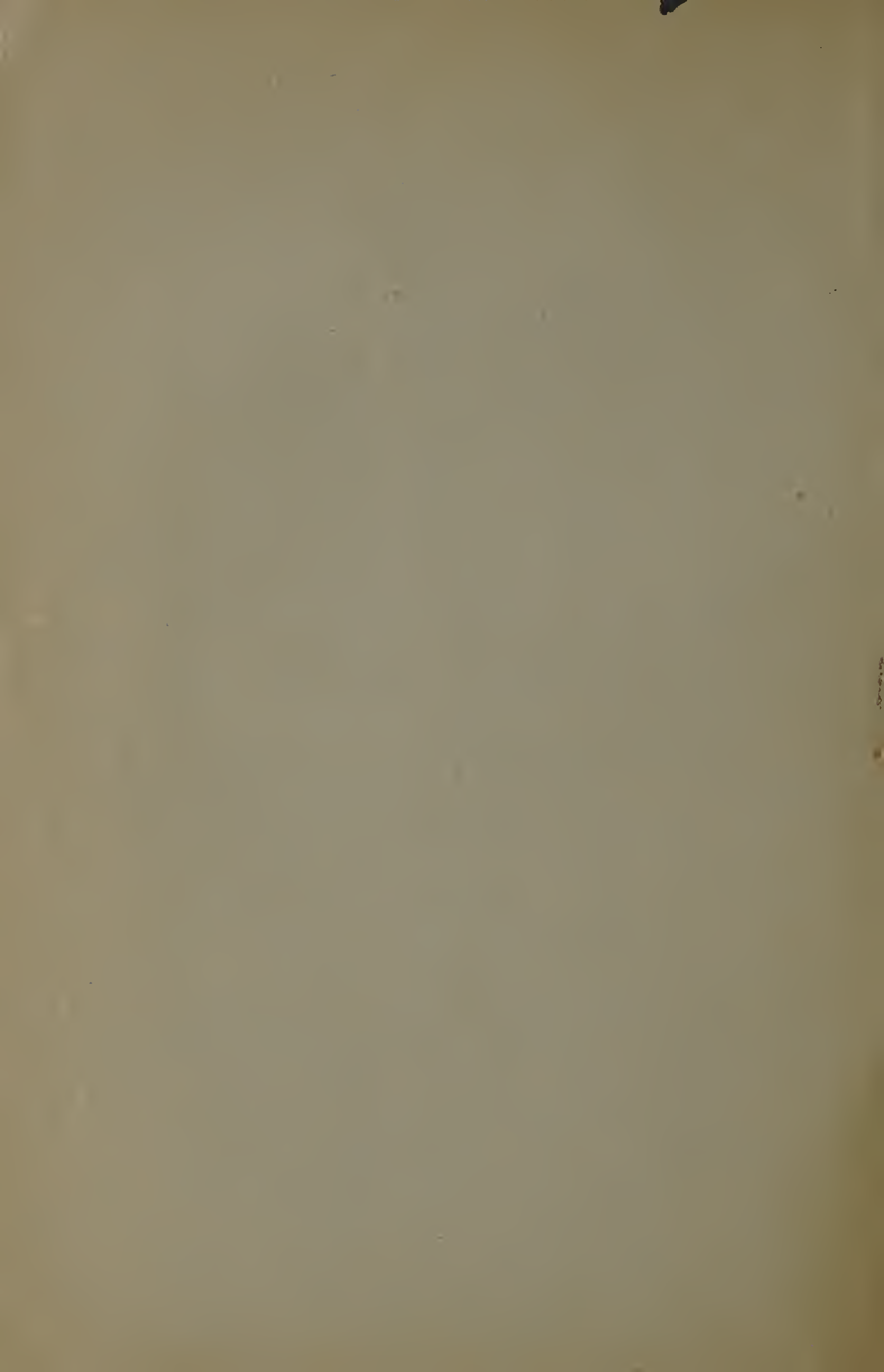
MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1887



EL SEÑOR GALLINA



EL SEÑOR GALLINA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ANGEL MARÍA SEGOVIA

MÚSICA DEL MAESTRO

DON RAFAEL TABOADA

representada con extraordinario éxito en el TEATRO MARTÍN la noche del 1.º de Octubre de 1887



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1887

Al Sr. D. Alfredo M. Quevedo

Amigo Quevedo: Con un sólo ensayo pasó esta obra desde el despacho del autor al público de Madrid.

Y el público aplaudió á los actores.

Vengan esos cinco, felicite V. en mi nombre á la simpática Guevara, un abrazo á Videgain y á Lacasa, que es chico que promete, y... gracias por todo, BARBARITO.

Suyo afectísimo amigo,

Angel M. Segovia

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSALIA........................	SRTA. GUEVARA.
DON BÁRBARO..................	SR. QUEVEDO.
SR. GALLINA.....................	LACASA.
DON TORIBIO....................	VIDEGAIN (1).

(1) El autor de este libreto da las gracias al simpático actor Sr. Videgain por haber aceptado, en gracia al mejor conjunto, este papel, inferior á la categoría de tan aplaudido artista.

ACTO ÚNICO

Sala elegante con puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA

ROSALÍA y luego DON BÁRBARO.
Al levantarse el telón se oye dentro ruido de platos y cristales que se rompen.

Ros. ¡Jesús! Como está ese hombre. (Mas ruido.) ¡Aprieta! Va á romper todos los cacharros de la casa. (Más ruido.) ¡Santa Bárbara! Ha declarado la guerra á los platos y no deja uno sano. Pues lo que es yo, no pienso incomodarme; ¡rompe, hijo, rompe, que las fábricas de loza te aplaudirán!... ¡Ya cesó la tormenta! Viene hacia acá... Disimulemos. (Se sienta á coser al lado de un velador.)

D. Bárb. (Sale incomodado con un papel que estruja furiosamente entre sus manos.) ¡Uf... Burr!... (Pasea muy agitado.)

Ros. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes, Barbarito mío?

D. Bárb. Que... ¿qué tengo? ¡Burr!... (Vuelve á pasear.)

Ros. Pero, ¡Barbarito!...

D. Bárb. No me venga usted con diminutivos, señora; no piense usted halagarme de esa manera.

Ros. Pero...

D. Bárb. ¡Me llamo Bárbaro!

Ros. Bien, pero...

D. Bárb. ¡Me llamo Bárbaro!

Ros. ¡Jesús!

D. Bárb. ¡Y soy un salvaje!

Ros. ¡Hombre!

D. Bárb. Mejor dicho; he sido un esposo confiado y hoy soy un marido... escarnecido, quizás.

Ros. Barbarito, ¡por Dios!

D. Bárb. Silencio... y oye.

Ros. Silencio... y oigo.

D. Bárb. Hace dos años, tenías tú veinte, y yo, treinta; tú eras modista, yo capitán de caballería.

Ros. Bien, pero...

D. Bárb. (Incomodado.) Tú eras modista, yo capitán de caballería.

Ros. Pero, ¿á qué viene?...

D. Bárb. (Más incomodado.) ¡Yo era modista, y tú capitán de caballería!

Ros. ¡Cómo!

D Barb. ¡Digo!...

Ros. Bien, adelante.

D. Bárb. Enamorado de tí, cegado por una pasión que yo bendecía, te pedí tu mano...

Ros. Adelante, nos casamos.

D. Bárb. Yo tenía entonces un nombre glorioso que mis hazañas en Africa habían inmortalizado y llenado de honores. Yo conquisté para mi nombre una aureola de gloria con la sangre de diez y siete moros.

Ros. ¡Jesús!

D. Bárb. Yo, con mi propia espada, les arranqué la vida en desigual combate, y desde entonces mi nombre era pronunciado con sagrado respeto. El general en jefe me colmó de honores y distinciones durante aquella gloriosa campaña, y más de una vez me dijo: «Don Bárbaro, digno es usted del nombre que lleva.»

Ros. Y dijo muy bien el general.

D. Bárb. Ahora bien, señora, mi glorioso nombre, mis honores, mi aureola, ¿dónde están?

Ros. Por ahí andarán, entre tus papeles; búscalos.

D. BÁRB. ¡Imposible! La honra que se pierde es como el cristal que se rompe.

ROS. ¿Qué dices?

D. BÁRB. Lo sé todo. Usted me engaña, usted es una perjura.

ROS. ¡Bárbaro, mira lo que dices!

D. BÁRB. Carta, canta. ¿Lo oye usted? Canta.

ROS. (Jesús, qué hombre.) Y ¿qué canta? Veamos.

D. BÁRB. (Leyendo el papel que ha estrujado entre sus manos.) «Querido Bárbaro: ¡abre el ojo! Cuida de tu joven esposa, á quien veo próxima á resbalar; cuida, repito, de que no caiga, porque ciertas caídas en las esposas, producen graves chichones en las cabezas de los maridos. No te lo quisiera decir, pero sabe para tu gobierno, que mientras estuviste en Valladolid, un prójimo entraba en tu casa todos los días, presumo que no con muy católicas ideas. Averigua quién es, yo sé que es conde ó marqués; le conozco de vista, pero ignoro su nombre. Cela á tu esposa y castiga al ladrón de tu tranquilidad, de tu dicha y tal vez de tu honor.»

ROS. ¡Jesús!

D. BÁRB. «Esto dice para tu gobierno un amigo que desea tu felicidad y tu reposo.»

ROS. ¿Luego tú crees?

D. BÁRB. A pies juntos, sí, señora; tanto, que he pensado en el divorcio, que llevaré á cabo en cuanto mate á ese conde ó marqués, ó lo que sea, cuyo nombre ignoro, pero cuyas señas están aquí. (Dando palmadas al papel.)

ROS. ¿A ver, á ver?

D. BÁRB. «Señas particulares. Un bulto en el cogote del tamaño de una patata, que se le distingue desde muy lejos. Según he sabido, tiene en el pie izquierdo seis dedos. Es patiestevado y cargado de espaldas. El conjunto es de un hombre feo, muy feo; pero muy sagaz, por lo cual te recomiendo mucha actividad, prudencia y perspicacia. Tal vez esté en tu casa cuando con más ansiedad le

busques. Te repito que mucho ojo.» ¡Ah! Yo prometo tener más ojos que Argos y ser una segunda edición de aquel famoso espía.

Ros. Pero, esposo mío, oye razones.

D. Bárb. ¡Nunca! Un capitán de mi raza no oye razones. Ahora salgo disparado por esas calles examinando cuantos rostros vea; en cuanto tropiece con este, que es bien conocido por las señas... ¡Pum! le pego una bofetada, luego le desafío y después... le mato.

Ros. Pero, ¡esposo mío!

D. Bárb. ¡Abur!

Ros. Pero, ¡Bárbaro!

D. Bárb. ¡Abur! (Vase precipitadamente por el foro.)

Ros. Pero ¡Bárbaro, Bárbaro!... Y será muy capaz de cometer una barbaridad.

ESCENA II

Música

Ros.

No saben las muchachas
que tienen novio
lo atroz que es un marido
cuando es celoso.
Jamás sale de casa
y es su quehacer,
andar de día y noche
tras la mujer.
Y si por la calle
al verla pasar
algún guapo joven
la llega á mirar,
dice el marido
ya lo sé todo,
este es el monigote
que te hace el oso.
Lo desafía
sin comprender,
que el oso, como siempre,
quien lo hace es él.
Si yo con mi marido
voy al teatro,
después me dice en casa
muy enojado:

Ya he visto á aquel pollastre
de la platea,
con cuánto disimulo
te hacía señas.
Noté que el sereno
al vernos entrar,
te echó una mirada
muy particular.
Nunca á la calle
vuelvo contigo,
y al pollo del teatro
lo desafío.
Y á ese sereno,
por animal,
lo parto en dos, con mucha
serenidad.

Hablado

En fin, voy á ver el destrozo que ha hecho por allá dentro. (Vase.)

ESCENA III

PÍO.—Es un ridículo y afeminado señorito de pueblo. Viene cargado con una maleta y varios envoltorios.—Desde el foro, como hablando con la criada:

Pío ¡Si ya lo sé, señora! Calle del Rubio, número 4, piso segundo. Es mi prima, ¿cómo no la he de conocer? ¡Vaya, vaya usted á fregar y déjeme en paz! (Entra.) ¿Por quién me habrá tomado á mí esa criadota? (Llamando.) ¡Rosa! ¡Rosita! ¡Ah! Si supiera ella que está aquí su Pío, su querido primo Pío, á quién hace diez años, que no ve... ¡Rosa, Rosita! Vamos, pues tiene la casa bien arreglada. Verdad es que ellos deben estar bien. El ha puesto un *establecimiento* de librar quintos, y ella tiene todavía unos majuelos... Pues es que ya tengo ganas de verla. (Gritando.) ¡Rosa! ¡Rosita! ¡Qué contenta se va á poner en cuanto me vea! ¡Rosa, Rosita!...

ESCENA IV

PÍO y ROSITA

Ros. ¿Qué es esto? ¿Qué ruido?...

Pío ¡Adios, prima! ¡Rosita de mi vida!...

Ros. ¿Qué dice usted?

Pío ¡Abrázame!

Ros. ¡Apártese usted; no le conozco!

Pío ¿Ya no me conoces? ¡Soy Pío; mujer, tu primo Pío, el hijo de la tía Fuelle! ¿Ya no me conoces? ¡Mujer, tu primo el sacristán!

Ros. Usted viene equivocado.

Pío ¡Qué bromista! La misma de siempre; tan burlona y tan... Pues, ¿sabes quién se ha casado? La hija del tío Revienta... mujer, aquella...

Ros. ¡Hombre de Dios, usted viene equivocado!

Pío ¡Já! ¡já! Déjate de bromas. ¿Crees que porque hayan pasado diez años, te desconozco? ¡Quiá! ¡La pinta, la pinta; el aire de familia! Oye: ya no soy sacristán; ahora soy profesor de solfeo y organista. He adelantado mucho; sé más música que el maestro *Donaceite* y hasta compongo y todo como *Meyerben.*

Ros. A mí sí que me hierven los cascos de oirle á usted.

Pío ¡Já; já! Pues vengo á hacer oposición á una plaza de profesor de solfeo que han establecido en el colegio de las Niñas del Sagrado Corazón; de modo que dije, pues á casa de mi prima y... conque ya ves que soy hombre de provecho. Venga un abrazo.

Ros. ¡Basta, desgraciado! Y no hable usted de solfeo en esta casa; márchese á escape á buscar á su prima.

Pío Pero tú... usted... tú me engañas, usted, ó...

Ros. ¡No, hombre, no le engaño!... ¡Ah! Oigo ruído; recoja usted eso y salga inmediatamente.

Pío Voy, señora; pero...

Ros. ¡Cielos! ¡Es mi marido! Ya no puede usted salir, porque le va á encontrar, y hoy está feroz.

Pío Señora, yo no le he hecho mal á nadie y tengo mi alma en mi armario y...

Ros. ¡Uy! ¡Ya viene! escóndase usted; le advierto que es un hombre que ha matado en un día diez y siete moros.

Pío ¡Cáscaras! Pero yo no soy moro.

Ros. ¡Ah! ¡Ya llega! ¡Escóndase usted!

Pio Pero... (Recoje los bártulos precipitadamente y Rosalía le mete á empujones en un cuarto de la izquierda.)

Ros. ¡Ande usted!

ESCENA V

ROSALÍA y don BÁRBARO.—Entra furioso, sin reparar en Rosalía, coge una silla, la da un golpazo contra el suelo y se sienta.

D. Bárb. Al fin me salí con la mía. La casualidad ha protegido mis planes.

Ros. (¿Qué será ello?)

D. Bárb. De la prímera bofetada le hice dar cinco vueltas por el suelo.

Ros. (¿No dije? Ya hizo una barbaridad.) Esposo mío...

D. Bárb. ¡Fuera de mi vista!

Ros. (¡Qué amabilidad!) Pero hombre, ¿es posible que des crédito á un anónimo?

D. Bárb. ¿Te interesas por él?

Ros. ¿Por quién?

D. Bárb. Pues bien, sábelo para tu desesperación. (Se levanta.)

Ros. Veamos.

D. Bárb. Salí corriendo por esas calles, examinando cuantos rostros encontraba. Desesperado iba ya de ver que no podía dar con él, cuando en la calle del Arenal veo un hombre patiestevado y algo cargado de espaldas, entretenido en contemplar los dulces que había en el escaparate de una confitería.

Ros. ¡Jesús!

D. Bárb. Me acerco con el anónimo en una mano y la otra prevenida por si trataba de escapar, y empiezo á confrontar su horrible semblante con las señas de este papel.

Ros. ¡Vaya un paso!

D. Bárb. Al verme en esta operación, y sabiendo sin duda quién soy yo, da media vuelta tratando de irse; pero le detengo, sigo confrontando y hallo las señas cabales, si se exceptúa lo del bulto en el cogote, que sin duda se le ha quitado ya.—¿Me toma usted por un juguete, caballero?—Me dijo. —No, señor, le respondí, añadiendo: Haga usted el favor de descalzarse el pié izquierdo que quiero ver el número de dedos que tiene.—Haga usted el favor, me dijo, de ir á burlarse de otro, si es usted cuerdo, y si es loco, vaya usted á Leganés ó á Zaragoza.

Ros. ¡Pobre señor!

D. Barb. Pero yo no contesté; seguí examinando, ví que eran las mismas señas, y alzando el brazo, ¡pum! le descargué una bofetada, rompiendo al mismo tiempo un cristal de la confitería.

Ros. ¿Pero estás loco?

D. Bárb. Nada; esto termina con un desafío á muerte. Mañana á las seis habrá muerto tu amante, á las siete, tú, y á las siete y media yo.

Ros. Pero, esposo...

D. Bárb. ¡Basta, señora, necesito estar solo.

Ros. Pero...

D. Bárb. ¡Márchese usted! (Se pasea.)

Ros. (¡Ay de mí, si ve á ese infeliz escondido!...) (Pausa.) Esposo mío, vente á la sala, que tengo que hablarte de un asunto importante.

D. Bárb. ¡Nada quiero saber!

Ros. Pero...

D. Bárb. ¡He dicho que nada!

Ros. (¡Dios mío, si yo pudiera sacarle de su escondite!)

D. Bárb. ¡Señora, haga usted el favor de dejarme solo!

Ros. Pero, hombre...

D. Bárb. (Muy exaltado.) ¡Que me deje usted solo!

Ros. ¡Jesús! (Vase derecha primer término.)

ESCENA VI

DON BÁRBARO leyendo.

«Tal vez esté en tu casa cuando con más ansie»dad le busques.» ¡Oh, desesperación! Lo cierto es que el jorobado negaba; tal vez sea inocente... pero no importa; es cargado de espaldas, como dice la carta, y yo debo matarle. Desde hoy declaro la guerra á todos los jorobados. Estoy rendido, debo dormir. Sí voy á la cama... No, no; aquí nadie entra ni sale sin que yo le vea. (Pone una silla en medio de la escena y se sienta.) ¡Así! ¡Ay del infame que pretenda pasar por encima de mí! (Inclinando rendido la cabeza)

ESCENA VII

ROSALÍA, PÍO y DON BÁRBARO

Música

Pio Santo Cristo, éste es sin duda
el marido tan celoso
que en un día solamente
ha matado tantos moros.
Me va á degollar.

D. Bárb. ¡A muerte!

Pío Carape,
sueña con matar,
ya no tengo escape.

Ros. ¡Caballero, caballero! (Saliendo.)

Pío ¡Socorredme, por favor!

Ros. Tome usted; con esta cuerda
échese por el balcón.

Pío ¿Desde un piso segundo?
¡Señora, usted está loca!
(Don Bárbaro ronca.)

Ros. ¡Jesús!

Pío ¡Jesús!
Ros. ¡Qué susto!
Pío Demonio, cómo ronca.
Tome usted la cuerda
y ate á su marido,
que bien lo merece;
es un asesino.
D. Bárb. ¡Sangre solo veo!
Pío Me quiere sangrar.
(Don Barbaro ronca.)
Ros. ¡Jesús!
Pío ¡Otro susto;
qué barbaridad!
Como pronto no me escape,
y me pille ese feroz,
esta carne de gallina
se la come con arroz.
Ros. Pronto, pronto, caballero,
salga usted, haga el favor,
que si Bárbaro le atrapa
va á romperle el esternón.
D. Bárb. ¡Sangre, sangre beber quiero
de ese infame seductor!

(Al terminar el terceto, D. Bárbaro se despereza y huyen precipitados Rosalía y Pío, cada uno por su lado, dejando este último la faja que le cuelga, al descubierto por debajo del portier de la habitación donde se oculta.)

ESCENA VIII

Hablado

D. Bár. ¡Eh! ¿Qué? ¿Quién es? (Se levanta sobresaltado.) ¿Quién va? Se me figura haber oído ruído como de pisadas. Sería soñando, sí; por sagaz que sea el seductor, no podrá pasar por encima de mí sin que lo sienta. ¡Bah! Ha sido un sueño; ¡pero qué sueño! (Se fija de pronto en las cortinillas que sirven de escondite á Pío, por debajo de las cuales asoma un pedazo de la faja que se le ha deslizado de la cintura.) ¡Ah! ¿Qué veo?... ¿Es mi vista?... ¿Son mis ojos? ¡Un pedazo de faja debajo de la cortina!... ¡Sí!... Mas ¿de quién? ¡Yo no gasto ese envoltorio! ¡Y se mueve! ¡Veamos!... ¡Oh, faja endemoniada, ven! (Coge la faja y empieza á tirar hasta que saca á Pio.)

¡Oh, no es una faja! ¡Son dos, atadas por un extremo, quizá con el doble objeto de servir para descolgarse por el balcón! ¡Oh, faja interminable! ¿Dónde está el cuerpo de está faja?

ESCENA IX

DON BÁRBARO y PÍO, enganchado á un extremo de la faja, por la cintura

Pío ¡Ay, ay! ¡Caballero!

D. BÁR. ¡Bravo! Aquí mismo el seductor, el ladrón de mi dicha, de... (Cierra todas las puertas con trágico ademán.)

Pío ¡Por Dios, caballero, sosiéguese usted y óigame, por favor, que yo no soy ladrón, ni!... (Yendo tras él todo tembloroso y liándose la faja por encima del levitin.)

D. BÁR. ¡Llegó el momento! ¡Voy á caer sobre usted como... ¿ve usted un perro de presa?

Pío ¡Ay! ¡No, por Dios; yo que tengo tanto miedo á los perros!

D. BÁR. ¡Caballero, (Con solemnidad.) prepárese usted á morir!

Pío ¡Señor, por la Virgen de la O!

D. BÁR. (Imponiéndole silencio.) ¡Chucho!

Pío ¡Ay, ay! (Dá un salto creyendo que le muerde un perro.)

D. BÁR. ¿Ve usted esto?

Pío Sí, señor. (¿Qué será eso?)

D. BÁR. Pues vamos á confrontar; el anónimo dice:

Pío (¡Pobre de mí!)

D. BÁR. «Estatura regular.» (Confronta.) ¡Este es! «Pelo »castaño.» ¡Cabal! «Ojos verdes.» ¡El mismo!

Pío Caballero, mis ojos son pardos.

D. BÁR. ¡Chucho!

Pío ¡Ay, el perro! (El juego anterior.)

D. BÁR. «Nariz, chata.» ¡Justo!

Pío ¡Injusto! Yo no soy chato.

D. BÁR. «Boca, grande.» ¡Cabal! Eso no es boca; eso es un sablazo.

Pío (¡Dios mío, este hombre es loco y quiere asesi-

narme!) ¡Favor... Socorro! (Huyendo por la escena hasta que D. Bárbaro le sujeta.)

D. BÁR. ¡Silencio! Venga usted acá. A ver el cogote. (Le echa mano al cogote.) En efecto, aquí hay un bulto del tamaño de una patata.

PÍO ¡Caballero!

D. BÁR. ¡Esta es la patata; ya tengo entre mis manos la patata!

PIO ¡Ea, basta! (Desasiéndose.) ¡Yo no tengo patatas, caballero!

D. BÁR. A ver, descalce usted el pie izquierdo.

PIO Pero, ¿de veras? (Aterrado.)

D. BÁR. ¡Quite usted ese zapato!

PIO (No hay duda, es un loco.)

D. BÁR. Ponga usted el pie sobre esta silla.

PIO (Poniéndole.) (¿Qué va á ser de mí?)

D. BÁR. Uno, dos, tres, cuatro, cinco y... y...

PIO Y... nada más. ¿Cuántos dedos quiere usted que tenga? (Pues, señor, es la manía rara.)

D. BÁR. (Este es. Se habrá cortado el dedo que le sobraba.) ¡Caballero, prepárese usted á morir!

PIO (Y será muy capaz de asesinarme.) Señor, que soy inocente.

D. BÁR. ¿Cree usted que por haber adoptado ese disfraz me desorienta?

PIO ¿Disfraz?

D. BÁR. ¡Señor conde!...

PIO ¡Cómo conde! (Este hombre está...)

D. BÁR. Es igual, sea conde ó marqués; pero usted es *título.*

PIO No, señor, soy mote; me llaman *el Gallina.*

D. BÁRB. ¿Sí? ¡Pues, señor Gallina, prepárese usted, que voy á hacer una pepitoria!

PIO (¡Cielos, es también antropófago!)

D. BÁRB. ¡Y aún se atreve á negarlo! «Cargado de espaldas.»

PIO ¡Caballero! Yo estoy cargado, es verdad, pero no de espaldas.

D. BÁRB. «El conjunto es de un hombre feo.» Cabal; más feo que un mico.

PIO ¡Caballero! Que yo no soy mico, ni feo, ni...
D. BÁRB. ¡Chucho!
PIO ¡Ay!
D. BÁRB. Voy por armas, vuelvo pronto.

ESCENA X

PÍO y luego ROSALÍA.

PIO Nada, ese matamoros se empeña en asesinarme. Y, además, tiene por aquí el perro que está deseando atarazarme una pantorrilla. ¡Señor! ¿Qué va á ser de mí, metido en esta leonera?
ROS. (Asomándose por la derecha.) ¡Chist! Oiga usted.
PIO (Esta escena en voz baja.) ¡Ay, señora, por Dios! ¿En qué perrera he caído?
ROS. Acepte usted el desafío.
PIO ¡También usted!
ROS. Haga lo que le digo. Evite usted el primer ímpetu y admita cuanto le proponga.
PIO ¿El primer ímpetu? ¡Ay! Tiene muchos ímpetus.
D. BÁRB. (Dentro.) ¿Dónde está el otro sable? ¡Rosalía! ¡Tiburcia! El otro sable.
ROS. No tema usted si obedece mis órdenes. ¡Ah! Ya vuelve. (Vase.)

ESCENA XI

PÍO y DON BÁRBARO con sables, fusiles, puñales y pistolas.

D. BÁRB. Aquí hay armas. (Las deja caer al suelo.)
PIO ¡Santo Dios! No trae poco hierro.
D. BÁRB. Elija usted armas.
PIO Si yo no sé, ni...
D. BÁRB. ¡Rayos y truenos!
PIO (¡Que caigan sobre tu cabeza, loco infernal!)
D. BÁRB. Le advierto á usted que el duelo será á muerte!
PIO ¿A muerte? ¡Pues bien, (¡ay, Dios!) á muerte! Sépase quién es Calleja.
D. BÁRB. Pistola, sable, espada...

Pío Esta; ¿cómo se llama ésta?

D. Bárb. Fusil.

Pío ¿Fusil? Pues... eso, á... ¡á fusil!

D. Bárb. Me place. Esa arma se estila mucho para los duelos en la América del Norte.

Pío Pues, no importa. A fusil, á fusil.

D. Bárb. Me place, he dicho.

Pío ¡A fusil!

D. Bárb. ¡Basta ya! Hora.

Pío ¿Hora? Cuando yo vine las doce; ahora ya deben ser las tres.

D. Bárb. No digo eso: digo á qué hora se verificará el duelo.

Pío Cuando usted quiera.

D Bárb. Usted llevará su padrino.

Pío Mi padrino y mi madrina están en el pueblo.

D. Bárb. Vuelvo pronto. Voy á buscar al otro para decirle que si mañana á las seis no estoy en el sitio de la cita, es porque he muerto, y se puede retirar tranquilo. Necesito matar á usted antes que al otro.

Pío Gracias por la preferencia.

D. Bárb. Hasta luego. No pretenda usted escapar, será en vano. En la puerta de la escalera hay un puñal que le partirá el corazón si pretende huir..... ¡Abur! (Vase.)

ESCENA XII

PÍO, solo.

Música

¡Un puñal! Que hombre tan bruto;
á juzgar por lo que veo,
hoy me llevan de esta casa
derechito al cementerio.
¡Ay de mí! Me he divertido;
ese tío se ha empeñado
en sacarme hasta la calle
para andar á fusilazos.
        Me siento muy malo,

yo tiemblo, tirito,
encuentro imposible
salir de este lío.
¡Ay de mí!
¡Ay de mí!
ese matamoros
me va á dividir.

ESCENA XIII

PÍO y DON TORIBIO, con dos pistolas.

Hablado

D. TOR. Caballero. No tengo paciencia para esperar á mañana. (Mal humorado y sin mirar á Pío.)

PÍO (¡Calle, otro que viene también hecho un arsenal!)

D. TOR. Elija usted armas.

PÍO ¿Yo? ¡Canastos! ¿Para qué?

D. TOR. ¿Se ha olvidado usted ya de la escena pasada?

PÍO ¿Qué cena será esa?

D. TOR. Mi honra está manchada. La honra debe lavarse.

PÍO ¿Lavarse?

D. TOR. Con sangre.

PÍO ¿Con sangre? (Pues se le va á poner la honra del color de la salchicha.)

D. TOR. ¿Lo duda usted?

PIO No, señor. (Esto es un manicomio. Llevemos la corriente.)

D. TOR. Elija usted pronto, á fuer de Toribio Rompelanzas.

PIO Elegiré á fuer de Pío Pita.

D. TOR. ¿Eh? ¡Ah! Veamos su tarjeta. ¿No es usted don Bárbaro Belmonte?

PIO ¡Yo, no señor. Yo no soy bárbaro y del *monte* mucho menos.

D. TOR. Pues, ¿el dueño de esta casa?...

PIO ¡Ah, sí, señor! Ese sí que es un bárbaro completo.

D. TOR. Perdone usted que le haya confundido...

PIO Confundido estoy hace rato con ese señor Bárba-

ro que se ha empeñado en matarme porque dice que soy jorobado y que tengo una patata en el cogote...

D. Tor. Precisamente. El mismo que quiso contarme los dedos en la calle del Arenal. El mismo que me pegó una bofetada. ¡Oh! me sonrojo al pensarlo; mi honra, mi honor...

Pio Y en la cara, eso es lo terrible, una bofetada de aquella mano de hierro...

D. Tor. Yo debo matarle.

Pio Yo también.

D. Tor. ¿Usted va á batirse con él?

Pio Sí, señor; á muerte.

D. Tor. Yo soy el primero.

Pio No; el primero yo. (Nos la tiraremos de valiente.)

D. Tor. Bien; pues le cedo á usted el puesto.

Pio (Me partió.) Pues basta que sea usted tan generoso, cedo mi derecho, bátase usted primero.

D. Tor. De ningún modo.

Pio No; si yo no...

D. Tor. Gracias, no admito favores.

Pio Usted le mata ahora, y yo después... ¡Ay, ay, que viene!

D. Tor. Joven, no se precipite usted; en su casa no le haga usted daño.

Pio Es que... (Campanilla.) ¡Ay, ya viene, suelte usted el brazo.

D. Tor. No consiento que en su casa...

Pio ¡Qué viene, suelte!

D. Tor. ¡Cómo! ¡Huye usted!

Pio ¡Ay, ay, suelte!

D. Tor. Pero sepamos...

Pio ¡Que me mata! ¡Suelte!

D. Tor. ¡Anda, cobarde!

ESCENA XIV

Don BÁRBARO, TORIBIO, y PÍO, oculto

D. BÁRB. No he podido encontrarle... ¡Ah! ¿Es usted?
D. TOR. Vengo decidido á batirme esta misma tarde.
D. BÁRB. ¡Armas!
D. TOR. Elija usted.
D. BÁRB. Cualquiera es buena.
D. TOR. Pistola.
D. BÁRB. Me place.
D. TOR. ¡Partamos!
D. BÁRB. ¡Ah! Espere usted... voy á partir.
PIO ¡Ay, que viene á partirme!
D. BÁRB. Salga usted inmediatamente.
PIO Pero...
D. BÁRB. ¿Le ha tomado usted cariño al escondrijo, eh? ¡Oh, furor! No; usted debe morir ántes. ¡Caballero, tenga usted la bondad de esperarme, que quiero despachar ántes á este miserable.
D. TOR. Esperaré.
D. BÁRB. El coche y los testigos esperan abajo. ¡Vamos!
PIO Pero, ¿es decir, que se empeña usted en cometer un asesinato?
D. BÁRB. ¡Partamos!
PIO ¡Caballero! Este desaire no le debe usted tolerar; usted es primero que yo.
D. TOR. Me es igual.
PIO Señor Bárbaro, haga usted el favor de matar ántes á ese caballero.
D. BÁRB. ¡Cobarde! Coja usted su arma, yo ya llevo la mía.
PIO ¡Ea, valor!... Marchemos; pero ántes quiero decirle á usted que ese señor *chepa* es un cobardón.
D. TOR. ¡Miserable!
D. BÁRB. ¡Al campo!
PIO ¡Ay, ay! (Vanse foro.)

ESCENA XV

D. TORIBIO y luego ROSALÍA

D. TOR. ¡Vive Dios! ¡Parece que se han dado de ojo para llamarme jorobado! ¡Y pensar que apénas acabo de pisar el suelo español, se me obliga á otro lance para volver á emigrar.

ROS. (¡Dios mío! ¿Si llegaré tarde?)

D. TOR. ¡Cielos! ¿Qué veo?

ROS. ¡Toribio!

D. TOR. ¡Rosalía!

ROS. ¡Tú por aquí, querido primo?

D. TOR. Ayer he llegado de Lóndres ¿Mas, cómo te encuentro aquí?

ROS. En mi casa. Me he casado hace dos años.

D. TOR. ¡Cómo! Acaso ese Bárbaro...

ROS. Es mi marido.

D. TOR. Lo siento. He venido á matarle.

ROS. ¡Cómo!

D. TOR. De una estocada ó de un balazo.

ROS. ¡Qué sospecha! ¡La calle del Arenal!... ¡La confitería!...

D. TOR. ¡La bofetada! Precisamente.

D. TOR. ¡Por Dios, Toribio, perdona su locura! Es muy bueno, y me quiere mucho; pero los celos...

D. TOR. ¿Es celoso? Trabajo te mando.

ROS. Un infame anónimo le trae loco estos días.

D. TOR. ¡Oh, estupidez! ¿Y quién da crédito á un miserable papel sin firma?

ESCENA XVI

DICHOS y PÍO, entra corriendo sin sombrero y despechugado.

PIO ¡Socorro! ¡Auxilio! ¿Dónde me meto?

ROS. ¡Pobre, hombre! ¿Qué pasa?

PIO ¡Ay, señora, que no hubo medio de resistir y me zambulló en un coche! Yo iba medio muerto y las manos me olían á cadáver. Pensé en escapar,

como único medio de salvación, y en un descuido... ¡pataplum! me arrojé por la ventanilla.

D. Tor. ¡Já, já!

Ros. ¿Y él?

Pio Vendrá detras. Yo, atontado y béstia de mí, en lugar de meterme en otra parte, me he metido aquí atropelladamente. ¡Por Dios, señora! Yo tengo frio, yo tirito... y sudo... ¡Favor!

Ros. Ya oigo sus pasos.

Pio ¡San Braulio! ¡Socorro! ¡Señora, haga usted el favor de no descubrirme. Y usted, caballero, déme una tinaja, un baul donde meterme.

Ros. ¡Aquí, aquí!

Pio ¡Ay! ¡Ya viene! (Se esconde en la puerta derecha.)

ESCENA XVII

TORIBIO, ROSALÍA y luego don BÁRBARO

D Tor. Véte Rosalía, porque si nos vé juntos...

Ros. No; al contrario, abrázame...

D. Tor. ¡Abrazarte! ¡Cuando está!...

Ros. Pues por eso. (Se abrazan.)

D. Bárb. ¡Cielos! ¿Qué veo?

Ros. ¡Esposo mío, alégrate!

D. Bárb. ¿Qué

Ros. ¡Es mi primo! ¡Nuestro primo!

D. Bárb. ¡Basta! El primo lo estoy siendo yo. Pero usté va á morir como un miserable.

D. Tor. ¡Señor mío, no sea usted incivil!

D. Bárb. ¡Partamos!

Ros. ¡Jamás, esposo mío! Ántes debes oir...

D. Bárb. Yo nada oigo. ¡Salgamos! (Se descubre, todo sofocado, y del sombrero cae una carta.)

Ros. ¿Qué es eso? ¿Otra carta?

D. Bárb. ¡Cómo! ¿Estaré yo sirviendo de objeto de risa? La misma letra.

Ros. ¿Otro anónimo?

D. Bárb. No; trae la firma... y es la de un verdadero amigo mío y compañero de armas que me ha servido de padrino. ¡Ah, señora, este no es capaz de engañarme! Lea usted, y atrévase á desmentirle. Ahora ya no se trata de un anónimo. Sin duda, me la ha puesto en el sombrero para evitar explicaciones.

Ros. En efecto; ahora dice la verdad; pero no le perdono, á pesar de su buena intención, los días que te ha hecho pasar.

D. Bárb. ¿Luego te declaras?...

Ros. Lée y avergüénzate de tu ligereza.

D. Bárb. «Amigo mio: He querido curar tus celos con la »receta que en casos análagos he usado con buen »éxito. ¡Has hecho el oso dos días! ¡Quiera Dios »que no lo vuelvas á hacer más y seas feliz con »tu esposa, que tanto te ama. La receta es peligro»sa, pero no tanto por haber estado yo á *reta»guardia* y observándote. Tuyo, Pelaez.»

Ros. ¡Y bien! ¿Qué dices ahora?

D. Bárb. Esposa mía... perdón. Querido primo...

D. Tor. ¡Nada, nada! Un poco caro me ha costado conocerte personalmente; pero... venga esa mano.

D. Bárb. Me servirá de lección; lo juro.

ESCENA XVIII

DICHOS y PÍO

Pio Sí, ¿eh? (Ahora me toca á mí.) ¡Caballero, aquí estoy yo!

D. Bárb. ¿Aquí este infeliz?

Pio Caballero, yo no soy infeliz; quiero batirme ahora mismo.

D. Tor. ¿Y se escapó usted?

Pio Me escapé porque se me había olvidado el pañuelo, pero estoy dispuesto...

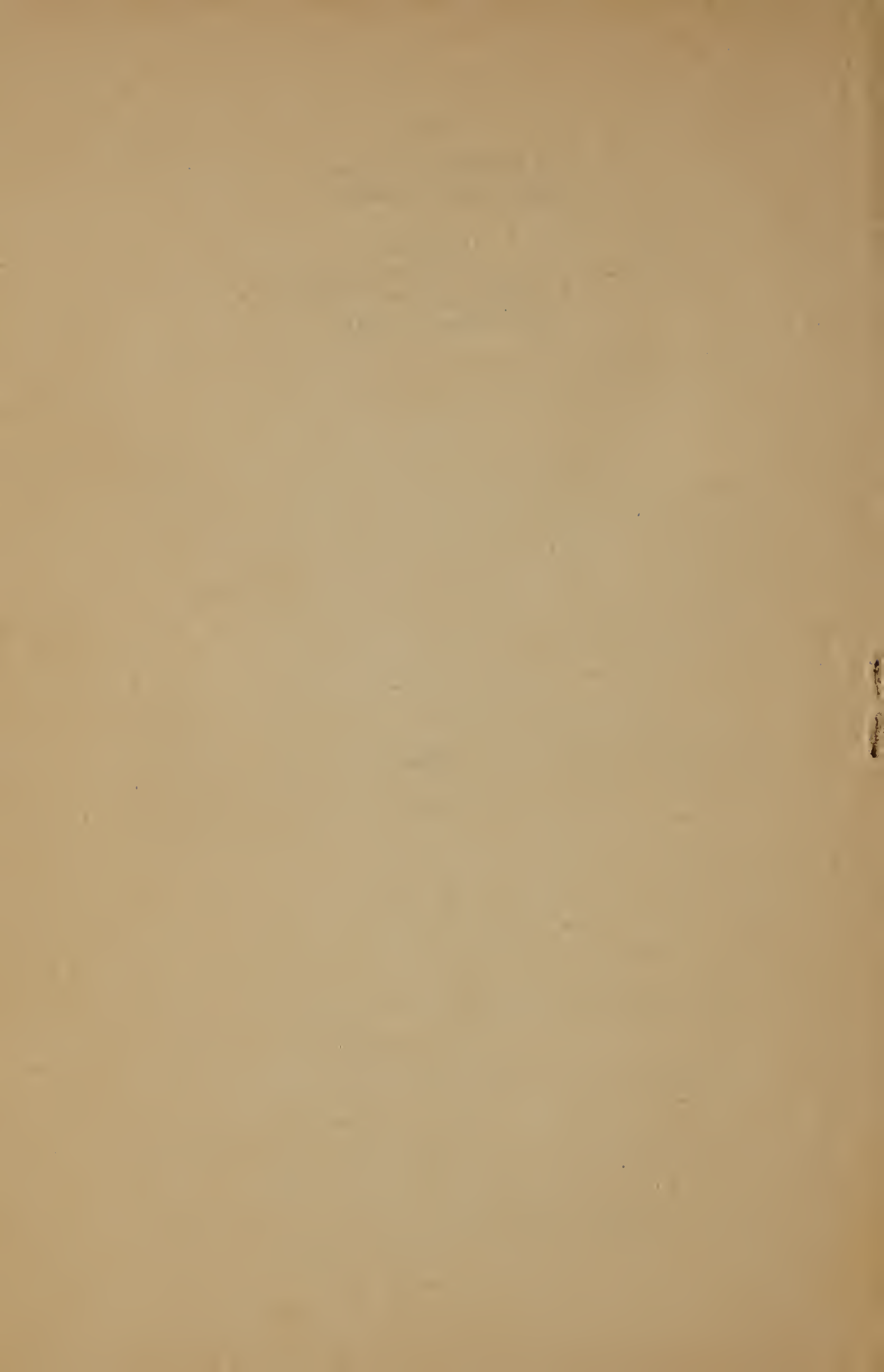
Ros. ¿A comer con nosotros? Pues aceptado, y voy á preparar la mesa.

A cenar, ya que llegar
hemos podido con bien...

AL PÚBLICO

Y ustedes, ¿gustan también
venir conmigo á cenar?

FIN



OBRAS DRAMATICAS ORIGINALES DEL MISMO AUTOR

ESTRENADAS CON EXITO EN LOS TEATROS DE MADRID

Una carta de la Habana, comedia en un acto, verso.
La familia H, idem, id.
Hallazgo horrible, idem, verso y prosa.
La muerte de Viriato, tragedia en un acto. verso.
Armas prohibidas ó el Conde del Tomate, juguete cómico en un acto, prosa.
El amor de un boticario, idem, id., verso.
El nuevo ministro, idem, id., verso.
Los hijos del 2 de Mayo, drama en dos actos, verso y prosa.
La mano del diablo, comedia en un acto, prosa.
Melonini I, caricatura bufa en un acto, verso.
Don Blas el zapatero, juguete cómico en un acto, verso.
El Indiano, juguete cómico-lírico en un acto, verso, música del maestro Scarlatti.
El Quinto, idem, id., id.
La vuelta del soldado, idem, id., id.
La Coqueta, idem, id., id.
Amor musical, idem, id., id.
El Anónimo, idem, id., id.
El toro bípedo, idem, id., id.
La flor de Mataporquera, comedia en un acto, verso y prosa.
El Buey de oro, idem, id., verso.
La Camisa de once varas, idem, id., prosa.
El Doctor Gorrilla ó nadie se muere hasta que Gorrilla quiere, caricatura bufo-farmacéutica lírico-bailable en un acto, verso y prosa.
Los dos Gorrillas, bufonada en un acto, verso.
La Hidroterapia ó el Médico del agua, juguete en un acto, prosa.

Ganar la Plaza, idem, id. (1).

El Soberano de Babia, zarzuela bufa en un acto, música del maestro Taboada.— Prohibida por el Gobierno.

Un gatito de Madrid, juguete lírico en un acto, música de D. Rafael Taboada.

---

(1) En pleito.—Esta obra sufrió extravío en el Teatro en 1870, con el título *Entre París y Versalles*, y un tal Bernardo Bueno la vendió, según parece, como suya, bajo el título *Ganar la Plaza*, con cuyo nombre se ha representado muchas veces, hasta que su verdadero autor y propietario ha reclamado á los Tribunales.

OBRAS NO DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

Arderíus en camisa.—Viaje aéreo bufo-fantástico. Un tomito en 4.º—Editor, Rodríguez; edición de 1870.

El melonar de Madrid.—Semblanzas en verso. Un tomito de 400 páginas.—Editor, Miguel Guijarro; edición de 1875.

Un reo de muerte.—Novela; dos tomos con 1920 páginas. —Editor, Rodríguez; edición de 1877.

Figuras y figurones.—Biografías de los hombres que más figuran en España.—1.ª edición. Dos tomos en folio, con 3250 páginas; edición de 1876.

Idem, id.—2.ª edición. Van publicados hasta la fecha, Octubre de 1887, 44 tomos en 4.º menor.

Los Maricones.—Novela; un tomo con 300 páginas.







PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.